



Fotografía: Iván Holguín Sarabia.

Intercambio entre lectores

Un proyecto con mujeres y niños en contexto de encierro

María Claudia Molinari

Secretaría de Extensión, Universidad Nacional de La Plata | Ciudad de La Plata, Argentina
claudiamolinari55@gmail.com

Introducción

En este artículo nos proponemos compartir algunas de las experiencias y resultados del proyecto “Lectura y escritura en la Unidad 33. Madres, niños e instituciones educativas” que se inició como proyecto de extensión de la Universidad Nacional de La Plata. El proyecto implementa con mujeres y niños que viven en situación de encierro un conjunto de acciones con diferentes grados de formalización en torno a la cultura escrita y otras formas de expresión, en tanto prácticas culturales que tienen

derecho de ejercer y ampliar en diversas situaciones de interacción social.

La Unidad 33 dependiente del Servicio Penitenciario de la Provincia de Buenos Aires está ubicada en la localidad de Los Hornos, La Plata, Argentina. Es una cárcel donde habitan unas 200 de mujeres, con pabellones que albergan a madres e hijos hasta la edad de cuatro años y embarazadas, con una población infantil de aproximadamente 80 niños.

Desde el año 2010 y en la actualidad, el proyecto sostiene las siguientes acciones coordinadas:

- a) taller denominado “La Ronda: historias, poesías y canciones” destinado a mujeres y niños;
- b) propuestas de formación destinadas a docentes de jardines de infantes a los que asisten los niños fuera de la unidad penitenciaria, a fin de mejorar las oportunidades educativas de los alumnos y el derecho de las madres de participar en la educación de sus hijos;
- c) cogestión de problemáticas detectadas con organismos estatales provinciales responsables de atender los derechos de quienes viven privados de libertad, en especial, la Dirección Provincial de Educación Inicial.

Las condiciones del contexto carcelario en el que se desarrolla el proyecto presentan rasgos similares a los descritos en estudios e informes sobre unidades penitenciarias. En el marco de este tipo de instituciones, donde el control prima sobre el bienestar de las personas y el trato (maltrato) funciona a favor de la obediencia, las cárceles de mujeres presentan a su vez rasgos particulares, como mayores dificultades de acceso a la educación formal y mayor aislamiento en términos de contacto con sus familiares, en especial con sus hijos y parejas, entre otros. En cuanto a las madres que viven con sus hijos, no cuentan con espacios apropiados para su alojamiento (comparten celdas en pabellones) ni espacios específicos para el juego y otras actividades infantiles. Los centros penitenciarios femeninos suman violencia a las violencias ya vividas y refuerzan los patrones de género que provocan desigualdad y sufrimiento (*Mujeres en prisión. Los alcances del castigo*, 2011).

En el transcurso del proyecto recogimos testimonios de mujeres que se expresan en el sentido expuesto. Recogimos también las convicciones de quienes se ocupan de ellas en la unidad penitenciaria: “Nada les interesa”, “No pueden avanzar más en sus aprendizajes”, “Hay que trabajar con textos

cortos y sencillos”, “Mejor no les presten... en poco tiempo se quedarán sin libros”. No pueden, no saben, no vale la pena... ideas que prevalecen cuando nos hablan de las presas.

Del conjunto de acciones, expondremos algunas vinculadas con el espacio no escolar que denominamos La Ronda, focalizando sólo el trabajo con la mujeres. Nos interesa discutir aquellas convicciones y las condiciones que hacen posible construir en la cárcel, en palabras de las participantes, “un lugar diferente, donde somos diferentes”.

Actividades

La Ronda es un espacio de trabajo no escolar que posibilita la interacción entre mujeres, y entre mujeres y niños, en torno a la cultura escrita y otras formas de expresión, prácticas culturales que en situación de encierro resultan inexistentes o muy limitadas.

La propuesta se organiza en un encuentro semanal de dos horas de duración y se desarrolla en dos espacios diferenciados, ambos en el *hall* de la escuela de adultos que funciona en la unidad. Por una parte, el taller de los niños, con la inclusión de las madres que quisieran participar. Por otra parte, el taller de las mujeres, en el extremo opuesto del *hall*, delimitado con una ronda de sillas junto a una pequeña biblioteca que organizamos con libros para adultos, niños y bebés.

Desde el inicio, un obstáculo se hizo evidente. Si bien el horario de comienzo de la actividad siempre era el mismo, no todas las participantes llegaban a la vez. Esto dependía especialmente del personal encargado del llamado en los pabellones. Con respecto a la asistencia, algunas mujeres asistían con continuidad; otras de forma discontinua por decisión personal o por motivos propios del contexto (visita intercarcelaria, teléfono, oficios, resguardo físico, estados depresivos, enfermedades, requisas, conflictos internos).

A partir de estas condiciones, instalamos en ambos talleres distintos momentos de trabajo que se sostuvieron a lo largo del año; de esta manera, La Ronda se hacía predecible para quienes se fueran incluyendo en su desarrollo. En el caso de las mujeres,

además, con ejes temáticos que permanecían durante algunos encuentros y cambiaban a lo largo del tiempo (“amores y desamores”, “recuerdos”, “el humor”, “cielos y lunas”). El propósito fue plantear líneas de continuidad, donde los ejes temáticos anclaban en intereses lectores a fin de ampliar o inaugurar experiencias compartidas, referencias comunes que podían ser objeto de intercambio más allá de los tiempos del taller.

El taller de las mujeres, coordinado por Graciela Brena y Martín Broide, se estructuró según los siguientes momentos:

- a) Mesa de libros seleccionados de la biblioteca: exploración y elección de material en espera de la llegada de las participantes. Intercambio sobre los libros explorados.
- b) Lectura de textos variados e intercambio entre lectores. En algunas oportunidades, intercambio en torno al cine y a expresiones plásticas.
- c) Canción de cierre propuesta por el equipo y/o por las participantes, compartida también con madres y niños.

En todos los encuentros, una mesa con libros esperaba a las participantes. Una mesa donde se disponía material variado, seleccionado por el equipo. Cerca de la mesa, los coordinadores hacían las recomendaciones. Allí registramos las primeras escenas de lectura.

Algunas leían en silencio y soledad. Otras sabían qué buscaban, elegían libros con poemas de amor o piropos; cada una en lo suyo copiaba sin parar con el propósito de regalárselos a sus compañeros los días de visita. Situación más que razonable en este contexto.

Las primeras lecturas colectivas fueron realizadas por los coordinadores con textos cuidadosamente seleccionados. Se pudo advertir que les gustaba mucho que les leyeran. En poco tiempo otras

voces se empezaron a escuchar comentando acerca de lo leído. *La casada infiel*, de Federico García Lorca, dio vueltas en La Ronda durante varios encuentros. Se preguntaban si él sabía o no que ella era casada, cuándo se dio cuenta, si lo sabía pero no le importó porque en realidad no la quería para enamorarse, si se enamoró igual... “A mí me gusta Lorca por la fuerza, por pasional”, comenta Miriam; “...todo lo que escribe es dramático, como en la vida”, aporta Dora. El interés por las preguntas y por la búsqueda de respuestas no parecía abonar a la certeza, bastante generalizada en la cárcel, acerca de las limitaciones y desinterés de las participantes; esto es, las expectativas sostenidas por los responsables educativos y de seguridad en la Unidad no coincidían con el interés y posibilidades crecientes de las mujeres que interactuaban en La Ronda.

A partir de la exploración y elección de libros presentados en la mesa, eran ellas las que pedían leer para compartir con el grupo:

Dora eligió leer el Poema N° 20 de Neruda incluido en el libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Miriam leyó con mucha dificultad la poesía “Confusión” de Oliverio Girondo para sus compañeras y La Ronda escuchó en silencio respetuoso.

Un miembro del equipo sorprendió con una historia y un interrogante: *La dama o el tigre* (cuento en versión de Gustavo Roldán). El enojo por el final abierto fue generalizado. Sandra comentó sonriendo: “Ahora empieza otra vez la polémica, como el otro día con la frase sobre el amor que leí yo”. Micaela pidió si se podían hacer algunas fotocopias para tenerlo.

Más lectoras y mayor interacción fueron ampliando estas prácticas culturales mediadas por palabras en otros espacios, por ejemplo, una función de lectura para alumnas de la escuela con textos seleccionados sobre el tema “amores y desamores”, uno de los de mayor interés; reuniones de lectura y comentarios en algunas celdas; lecturas a los niños, muchas veces pedidas por los mismos niños.



Fotografía: Iván Holguín Sarabia.

La biblioteca ganó un lugar de importancia en el taller. Sabíamos que no se trataba de ofrecer sólo una biblioteca armada, sino de integrar a los usuarios en su gestación y funcionamiento. Desde el comienzo de las acciones impulsamos propuestas de uso e interacción entre lectores que permitieron a los participantes, con el paso del tiempo, expresar la necesidad de materiales según criterios propios. Fueron las mismas situaciones que se generaron las que le dieron a la biblioteca identidad y sentido dentro del espacio. En otros términos, disponibilidad de materiales como condición, pero con oportunidades continuas de acceso para su apropiación y sostenimiento en un contexto tan complejo como el del encierro.

Junto a los libros, las fotocopias ocuparon un lugar importante. Carpetas personales permitieron poner dentro todo tipo de papeles: copias de poesías, coplas, piropos que de una caja podían elegir y leer, copias entregadas para ensayar un texto en la

semana para leerlo en voz alta, letras de las canciones cantadas en el cierre de cada encuentro, textos escritos por ellas en el taller o en las celdas. La carpeta permitía dar continuidad a algunas lecturas en otros espacios y para otras personas, a la vez que contar con materiales de su propiedad (hecho muy valorado en este contexto).

Resultados

Sintetizamos algunos resultados del análisis de un corpus de entrevistas semiestructuradas realizadas a fines de 2010 a ocho participantes, con edades comprendidas entre 19 y 33 años.

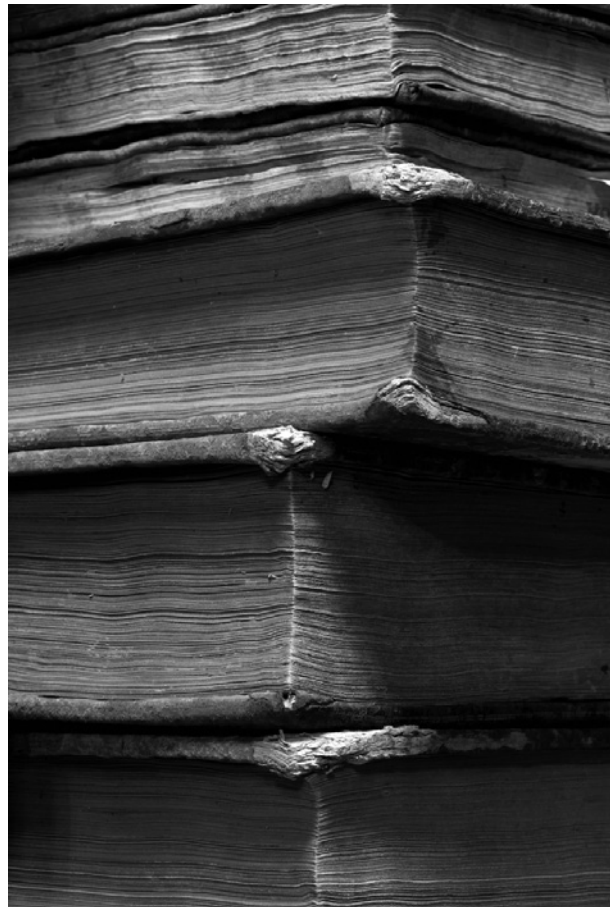
1. Según indican las participantes, La Ronda significó para ellas una muy buena oportunidad. Cada una comenta en qué sentido. Por ejemplo, Marta reconoce a La Ronda como un espacio donde fue posible recuperar bienes perdidos: la risa, un poco de libertad, un espacio de vida. Yole considera que fue un hito en su vida, un lugar que le permitió empezar a comunicarse, dejar de ser “la mudita” y abordar temas personales: “Yo acá empecé a hablar [...] antes en la calle o acá mismo cuando ingresé, a mí me decían la mudita porque yo no hablaba”. En todos los casos, comentan acerca del lugar de la lectura en la propia subjetividad, la posibilidad de “habitar otros mundos” y desde allí, “entre líneas”, leer el propio (Petit, 1999). Marta expresa el interés renovado por los libros, y cómo a través de ellos puede reencontrar huellas de su propia historia: “tienen mucho que ver [...] encuentro frases o historias o cosas que se parecen a mi vida”.
2. Para algunas entrevistadas, las lecturas compartidas fueron experiencias nunca vividas; para otras, oportunidad para aprender a leer, para ejercer prácticas pocas veces vividas o para recuperar el valor perdido de la lectura y la escritura. Mara nos sorprende y emociona con sus comentarios. Logra significar en su experiencia un viejo interrogante: el sentido de la lectura para los

lectores (incomprensibles sujetos que permanecían leyendo en trenes y estaciones... o comprando libros cuando ella iba robar): “Ahora me doy cuenta que yo estoy haciendo lo que hacía esa gente y que lo puedo llegar a hacer cuando esté en libertad [...] A mí nunca me leyeron o contaron historias, esto me pasa acá [...]”.

3. Entrar a mundos de ficción en interacción con otros es diferente a cuando se ingresa en soledad. La Ronda fue un lugar donde hubo oportunidades de ingresar en compañía. Para todas, una práctica social muy valorada. En palabras de Tamara: “Para mí estaría perfecto que siguieran ustedes incorporando ideas. Eso está bueno, y que nosotras podamos aportar. Pero una biblioteca sola para mí no tiene ningún sentido, sí, o sea, yo voy agarro un libro ¿y con quién comparto lo que leo?”. Tamara remite a una cuestión ampliamente abordada desde el campo teórico: la necesaria coexistencia entre provisión de libros y acceso a estos materiales de la cultura. Materiales bibliográficos pero con lectores con quienes intercambiar, donde el poder de aportar se comparte entre los participantes y la coordinación.
4. Una frase puede resumir un conjunto de expresiones registradas en las entrevistas: aquí en el taller, no parecen ser las mismas que en los pabellones. Se sienten diferentes en razón de cómo son consideradas. Tanto las más jóvenes como las adultas mayores comparten esta opinión.
5. Descubrir a los otros fue tan relevante como sorprenderse de la palabra propia. Un poder hasta ese momento desconocido. Según Bety, “palabras que jamás las escuché salir de mi boca, como sacadas de un libro”.
6. A partir de La Ronda se inauguran otros espacios y formas de interacción en torno a las prácticas del lenguaje, en las celdas y en el pabellón. Patricia nos dice: “En el pabellón dos, iba y le leía a mis compañeras y nos reíamos con las adivinanzas.

Éramos ocho que estábamos ahí, en mi celda nos juntábamos”.

Desde el inicio del proyecto resultó evidente que las mujeres, con o sin niños en la Unidad, necesitaban un espacio propio para valorar sus recorridos, donde reconectarse con la propia experiencia para construir, desde allí, experiencias colectivas, cuyo valor reparador ha sido ya documentado en contextos críticos de marginación y encierro. Los testimonios que recogimos durante el taller y en las entrevistas parecen indicar que aquello que nos propusimos dejó huellas en sus vidas. Un trabajo iniciado en el 2010, donde la continuidad de oportunidades —como derecho cultural— se debe garantizar en contextos de encierro.



Fotografía: Iván Holguín Sarabia.

Recomendaciones para la acción

En razón de nuestra experiencia, destacamos lo siguiente:

- Consideramos de importancia coordinar acciones entre espacios escolares y no escolares de intervención a fin de potenciar las propuestas educativas. En tal sentido, La Ronda se diseña como actividad no escolar coordinada con propuestas similares impulsadas en los jardines de infantes donde asisten los niños que viven en la unidad. Dicha coordinación potencia las oportunidades de ejercer diversidad de prácticas de lectura y escritura y otras formas de expresión, tanto en niños como en adultos. Al mismo tiempo, se considera relevante para su sustentabilidad la cogestión con organismos estatales, a fin de avanzar en políticas públicas a favor del derecho de quienes viven privados de libertad.
- Para la conformación del taller y su apropiación por parte de los participantes, la presencia sostenida del espacio y la asistencia regular del equipo genera confianza en ellos, en un contexto donde la discontinuidad y fragmentación de propuestas suele predominar. Como equipo aprendimos que la cantidad de asistentes es fluctuante y que la poca asistencia, en ocasiones, forma parte de lo que puede ocurrir.
- La continuidad de situaciones de trabajo organizadas en momentos y temas a abordar en el tiempo, torna más predecibles dichas propuestas en un contexto caracterizado por la discontinuidad en la asistencia y la flexibilidad en el horario de llegada de sus participantes.
- El diseño de La Ronda en dos talleres cercanos, diferenciados y a elección de sus participantes, se presenta como una opción adecuada para madres y niños que viven privados de libertad.
- La conformación de un espacio de interacción entre libros y lectores se fortalece con la provisión de materiales de calidad y propuestas de intercambio variadas, donde los lectores tengan derecho a sugerir nuevas obras para su incorporación. Los libros por sí solos no bastan para

conformar o ampliar una comunidad de lectores; las prácticas que se ejercen con ellos son indispensables para su conformación.

- El registro periódico de las acciones desarrolladas por el equipo y su discusión son indispensables para sostener y/o revisar las propuestas implementadas.

Lecturas sugeridas

KALMAN, JUDITH (2003), "El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. VIII, núm. 17, pp. 37-66, en:

<http://www.comie.org.mx/v1/revista/portal.php?idm=es&sec=SC03&sub=SBB&criterio=ART00362>

LERNER, DELIA (2001), *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*, México, Fondo de Cultura Económica.

Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)-Ministerio Público de la Defensa de la Nación, Procuración Penitenciaria de la Nación (2011), *Mujeres en prisión. Los alcances del castigo*, Buenos Aires, Siglo XXI, en:

<http://www.cels.org.ar/common/documentos/mujeresenprision.pdf>

PETTIT, MICHÈLE (1999), *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica.

Nota

El presente artículo recoge algunos datos expuestos en el primer informe del Proyecto "Lectura y escritura en la Unidad 33. Madres, niños e instituciones educativas", año 2010. Equipo responsable en La Ronda: Graciela Brena, Martín Broide, Silvina Philip, Claudia Burgos. Transcripción de entrevistas: Leticia Anthonioz Blanc, Estefanía Villalba, Camila Zilio, Leonel Ramos. Asesora: Ana Siro. Colaboración: Adriana Bello. Dirección del Proyecto: Claudia Molinari.